

Muertos y heridos y otros textos

La editorial Pamiela publica el libro ‘Muertos y heridos y otros textos’, una antología de obras de Nicasio Landa, realizada por Guillermo Sánchez y Jon Arrizabalaga, precedida de una semblanza de este médico pamplonés que participó en la fundación de la Cruz Roja y en las bases del Convenio de Ginebra

Domingo, 30 de Octubre de 2016 - Actualizado a las 06:03h



Fotografía de Landa en Ginebra, 1863, y mandil de socorro del doctor Landa.

Fragmento 1

DEL PRÓLOGO ESCRITO POR LANDA PARA LA PRIMERA EDICIÓN EN ESPAÑA, EN 1858, DE LAS OBRAS DE EDGAR ALLAN POE

Es indudable que existe en el espíritu humano una de esas misteriosas aberraciones que ninguna de las leyes conocidas alcanza a explicar: una tendencia a buscar el placer en el dolor, la sensación en el peligro. Ella es la que impele al niño que horrorizado por un cuento de brujas se refugia trémulo en el regazo de su madre, a desear luego esta misma sensación pidiendo que le cuenten otro. Esta es la que llevaba a las patricias romanas al circo y a nuestro pueblo a las plazas de toros. Esta es la que impele a esa multitud inmensa que anhelante rodea los cadalsos en esos días en que la sociedad hace solemne exhibición de su justicia. Ella es la que anima al jugador impenitente que todas las noches clava las uñas en su pecho, mientras con ansiedad horrible ve deslizarse lentamente entre los dedos del banquero los naipes que se llevan el pan de sus hijos.

Ella es la que nos hace amar la tragedia donde vamos a sentir los dolores de Electra y Climenestra, y a presenciar los horrores de Medea y Orestes. Ella es la que, cuando desde lo alto de una roca o de una torre contemplamos la profundidad de un abismo insondable, nos inspira entre vértigos la idea, hasta el deseo, de precipitarnos en él. Y esta misma es la que hace que todos los pueblos, que todas las edades se complazcan en escuchar esas historias terroríficas que han poblado de espectros las noches de insomnio y engendrado las más horribles pesadillas.

Poe no ha dejado de meditar sobre este singular fenómeno psicológico y ha tratado de explicarlo suponiendo innato en el hombre el instinto de perversidad, esto es, una tendencia infanda que le lleva imperiosa e irreversiblemente a hacer el mal, conociendo que lo es, y sin más razón que porque no debe hacerlo.

Fragmento 2

DE MUERTOS Y HERIDOS, CON LA PARTIDA DE LA PRIMERA AMBULANCIA DE LA CRUZ ROJA EN ESPAÑA EN BUSCA DE LOS HERIDOS DE LA BATALLA DE OROQUIETA (MAYO DE 1872)



Grabado de ambulancia de la Cruz Roja en Oroquieta.

¡Cuán triste hubiera sido en tiempos no muy lejanos la suerte de los heridos que las exigencias tácticas nos obligaron a dejar en Oroquieta! Abandonados, aunque forzosamente, por los suyos, quedaban en el más triste desamparo y orfandad. Expuestos a ser objeto de tremendas represalias, prisioneros de todos modos, y sin que nadie se atreviera a llevarles recursos y auxilios por el temor de ser notados de afectos a su causa y por tanto perseguidos por el contrario. No hace mucho que se podía llevar a un Consejo de guerra al que llevara hilas a un hospital del enemigo. Decomisar los efectos de socorro dirigidos al contrario era un acto que parecía inatacable en su justificación. Ocultar a un herido o enfermo enemigo era crimen capital. Auxiliarle y socorrerle, complicidad punible y connivencia manifiesta.

Así, todos los nobles instintos de un alma generosa tenían que ser dominados por la voz de la prudencia; todas las espontáneas tendencias de los corazones generosos, ahogadas por la reflexión. Y era lo natural, lo lógico, lo regular el pasar al lado del herido como el sacerdote y el levita de la parábola, que lo miran y pasan de largo.

Pero el Convenio de Ginebra había sido la luz que había disipado en nuestro siglo esas tinieblas de la barbarie, restableciendo la luz cristiana y facilitando la imitación del samaritano. Había ya ondeado a uno y otro lado del Atlántico en las últimas guerras una bandera nueva, que no era la de ningún beligerante y era de todos, que no era de ninguna nación y era de todas, la bandera neutral, la bandera del universo, la del género humano. Bandera blanca, emblema de paz, con cruz, y cruz roja, símbolo de la redención y del sacrificio. Y a la sombra benéfica de ese lábaro de bendición se habían levantado en todos los ámbitos del mundo civilizado legiones sagradas que iban al campo de batalla, no a dar la muerte, sino a dar la vida, no a destruir, sino a conservar, no a matar, sino a salvar, proclamando contra todos los gritos de guerra el grito santo de paz y fraternidad universal. Para esos hombres no hay diferencia de razas, de nacionalidades, de banderas, de partidos, de religiones. Basta ser hombre para ser hermano. Profesan la caridad, el amor y van a afirmarla en medio de la guerra para matar la guerra.

También había en España, también existía en Navarra un cuadro, un núcleo de esa legión sagrada de la Cruz Roja que, aunque corta todavía, había llevado su bandera con la de las naciones neutrales a la gran campaña de las orillas del Rhin y del Sena. Y si la sección Navarra había volado para socorrer a sus hermanos de Alemania y de Francia, ¿cómo no había de auxiliar a los de su propia tribu, a los navarros! Así que, a la primera noticia del combate, se organizó la ambulancia. Sin previa designación, con espontaneidad admirable, se reunieron los voluntarios de la caridad. Aniceto Lagarde y Carriquiri, ingeniero civil, alumno de la Escuela central de París, uno de los primeros adeptos del Comité de Navarra, que ya había desempeñado alguna comisión de éste en París y tenía entonces la secretaría, fue de los primeros. Con él iba Fernando Palacios, médico distinguido, tan apreciado en la ciudad por su habilidad profesional como por su franco y agradable trato.

También iba otro médico, don Fernando Ausquia, que acababa de perfeccionar sus recientes estudios en la Facultad de París, donde había podido ver en ejercicio a las ambulancias durante la Commune. Bonifacio Landa, mi hermano, secretario también del Comité, agrónomo e inspector de montes de Navarra. Juan Iturralde, artista de quien dicen que es lástima no necesita pintar para comer, académico de la Real de Nobles Artes, y que dejaba sus aficiones arqueológicas por las humanitarias, aunque no el álbum en que había de consignar los episodios de la expedición. Arturo Egozcue, distinguido abogado, Fernando Borra, excelente farmacéutico, y Bruno Moratel, infatigable practicante del hospital, completaban el servicio sanitario. Y como guía y conocedor del terreno se incorporó también el relojero Aguinaga. Vistieron sus trajes de caza, se uniformaron con la gorra blanca con cruz roja y el brazal y, llevando en un ómnibus botiquín y cajas de hilas, emprendieron el camino de la montaña. Al saberlo, el tesorero del Comité, Pedro Ribed, que estaba en su villa de Villava, montó a caballo y se lanzó a alcanzarlos. Pero, detenido y amenazado de muerte en el camino por dos insurgentes de partida suelta, hubo de retroceder mal de su grado.

Al anoecer entraba en Oroquieta la ambulancia. Habían tenido que dejar su carruaje en Irurzun y habían atravesado resueltamente y con pie ligero los escabrosos senderos de la montaña. Pero al penetrar en el pueblo todos se sintieron sobrecogidos por una atmósfera de tristeza. Proyectiles de fusil, cascos de granada, trozos de ropas, caballos muertos sembraban el suelo. Los habitantes se ocultaron al verlos, pensando por sus gorras de uniforme que eran avanzada de alguna tropa desconocida.

A duras penas averiguaron dónde estaban los heridos, que aún permanecían todos en la casa donde yo los dejé. Había encargado al alcalde, sencillo montañés, que en cuanto nosotros saliéramos los repartiera por todas las casas. El pobre hombre no había hecho más que meterse en la cama para descansar de las emociones que uno y otro ejército le habían producido al alojarse en su aldea. El infeliz no supo ya dar razón de nada y un mes después murió sin que su inteligencia se restableciera.

La casa-posada-hospital despedía ya un hedor infecto. Los infelices heridos estaban todavía sobre la paja, convertida ya en estiércol. Algunos habían muerto; los demás les envidiaban porque habían cesado de padecer, cuando vieron aparecer en aquel tugurio a los cruzados rojos. Eran verdaderamente una aparición, pues nadie tenía conocimiento de lo que aquellas cruces rojas significaban, pero bien pronto lo adquirieron. Los hospitalarios traían todo lo que allí faltaba, hasta el cariño de hermanos. Lo primero en que se fijaron fue en las ropas miserables que vestían los heridos. Como decía uno de los hermanos de la Cruz Roja, sus camisas eran duras corazas de sangre coagulada y, por un arranque admirable, lo primero que hicieron fue mudarles, dándoles no solo la camisa que cada hospitalario traía de repuesto, sino también la que tenían puesta, desnudándose gustosos por vestir al desnudo.

Los salvaron del tifus y la gangrena hospitalaria, monstruos horribles que cernían sus negras alas sobre aquel hospital hacinado, repartiéndolos por las casas del pueblo, donde todos quedaron acostados en camas. Los limpiaron, curaron, auxiliaron y consolaron. Escribieron a sus familias y, después de asegurar su alimento dando una onza al señor cura, que se afilió a la Cruz Roja, regresaron a Pamplona diciendo que era indispensable sacar a aquellos infelices de la extraviada y pobre localidad en que se encontraban para traerlos a los hospitales de la capital.

Fragmento 3

DEL RELATO DE LA ENTREVISTA DE LA ASOCIACIÓN EUSKARA CON LA REINA REGENTE MARIA CRISTINA EN SU PASO POR PAMPLONA EN 1887

Y le entregó la cajita de marfil, abierta, con la medalla de bronce que S.M. se dignó aceptar de la manera más afable, mientras el Dr Landa decía:

“Pobre es la ofrenda, Señora, pero es que guardamos el espíritu de nuestros antepasados, para quienes el bronce y el hierro eran metales mucho más preciosos, más nobles que la plata y el oro, porque con aquellos, no con estos, pueden hacerse arados para cultivar la tierra, espadas para defenderla”.

S. M., examinando complacida la medalla que representa el roble de la libertad Arbola Santua, leyó en voz y con buen acento euskaro el lema que dice Jaungoikoa eta Fueroak:

“Esa es nuestra divisa, Señora, -dijo el Dr Landa- y se traduce Dios y nuestro Derecho, porque derecho, no privilegio, constituyen nuestros Fueros venerandos”.

Y terminó diciendo:

“Concluyo, Señora, rogando al Jaungoikoa, al Señor de lo alto, al Dios sin nombre que nuestros antepasados los Iberos bascones adoraron por millares de años en las selvas de estas montañas, en las noches serenas del plenilunio, que conceda salud y larga vida a V.M. y a su augusto hijo el rey don Alfonso tercero de Nabarra, trece de Castilla”.

El Sr marqués del Amparo entregó entonces a la reina el diploma y, después de oír afectuosas frases de S.M., salió la comisión de Palacio y pasó a la casa del senador Sr Colmenares para presentar sus respetos al Sr presidente del Consejo de ministros y entregarle copia de la instancia que ha tiempo se elevó al Sr ministro de Fomento, en solicitud de medidas protectoras de la conservación de la lengua bascongada. - D.N.

SECCION HISTÓRICA.

MUERTOS Y HERIDOS.

A LA SEÑORA DOÑA CONCEPCION ARENAL.

A la ilustre escritora que en el *Manual del Visitador de Pobres* y en *La Voz de la Caridad* contragó su genio y su pluma al auxilio de los niños de la inclusa y de los presos de la cárcel, de los perdidieros de la calle y de los enfermos del hospital;

a la zelosa Secretaria del Comité de Señoras de la Cruz roja, preside por la Elexma. Señora Duquesa de Medinaceli, que en el hospital de Miranda de Ebro sirvió como enfermera voluntaria a los soldados enfermos y heridos del ejército del Norte;

como á alma compasiva, dedica este triste relato de los dolores y miserias que sufren las víctimas inocentes de esta nefanda guerra,

El autor,
Nicasio Landa.

Pamplona 1.º de Mayo de 1875.

OROQUIETA.

I.

EL COMBATE.

El día 4 de Mayo de 1872 se tocó diana con tres puentes en Eraso, y la vanguardia del ejército del Norte, al mando del mariscal de campo D. Domingo Moriones, continuó la persecucion de los insurgentes carlistas que en número considerable habia logrado avistar la víspera.

Esa pequeña division constaba de 2 batallones de Almansa, uno de Alcolea, uno de Figueras, 4 compañías de las Navas, 25 carabineros y 5 guardias con 42 húsares de Pavia y 2 piezas de montaña.

Podia llamarse la brigada Navarro, pues navarros eran así el general como su ayudante y sobrino d'Earcour, su secretario Contreras,

Imagen de la primera edición de 'Muertos y heridos', 1875.